

Una Vendimia diferente

También este año hay festejos vendimiales. Para el evento, Mendoza vestirá, y no podría ser de otro modo, sus mejores galas y atributos en la exaltación de un nuevo ciclo productivo. Habrá —hipotéticamente— preces gratificantes por lo recibido, y hasta una mínima cuota sustancial de esperanzas para con las vendimias futuras. Pero habrá algo más: junto a la plegaria de gratitud, como sombras ominosas se agitarán muchos interrogantes que, probablemente, quedarán sin respuestas.

El hombre de campo, proclive al olvido de contrariedades y problemas surgidos en el bregar cotidiano, por esta vez no se abandonará tan fácilmente a la exaltación de la alegría generada por el deber cumplido; tampoco dejará rebasar la copa de su optimismo como en otras circunstancias. Es lógico que sea así. También a él le duele Mendoza. Le duele su porvenir, le duele su frustración, aunque sea meramente circunstancial y superable.

Hay una plena justificación. Desde los tiempos aborígenes hubo en la región una comunión trascendente configurada por el agua, el suelo y el hombre. A partir de allí, supo hacer florecer la tierra arisca, en una bendición de frutos y de verdor que se proyectó hacia todos los rumbos. Cuatro ríos fueron el instrumento sustancial que permitió perfilar su destino rural del comienzo. Entorno a ello, casi mágicamente aparecieron los "oasis fluviales" que permitieron aprovechar más de medio millón de hectáreas. Poco en verdad, si se lo compara con los más de 15 millones territoriales; excesivo si se piensa que fue fruto del aprovechamiento de cuatro ríos que en total acusan un módulo apenas superior a los 140 m³/s. Con esos cursos fluviales, el ser agrario provinciano obró el milagro de producir y respaldar toda una economía cuyos orígenes se pierden en la leyenda.

El tiempo prosiguió su marcha ininterrumpida, y si se fija como punto miliar el año 1777, podrá establecerse claramente cuanto ocurrió en esos casi dos siglos. En esa

fecha, se procede a la habilitación oficial —por primera vez— de una obra hidráulica de aprovechamiento: el dique conocido como "de los Españoles", ejecutado sobre el río Mendoza, a poco más de cinco kilómetros aguas arriba del actual emplazamiento del dique Cipolletti. Tomaron auge los cultivos, y el resto lo hizo el entusiasmo y el esfuerzo del campesino, hasta conformar un emporio de riqueza donde se afianzó el bienestar mendocino.

Después lo de siempre. La marcha del tiempo determinó cambios sustanciales de las distintas economías. Mendoza, para aliviar sus crisis cíclicas, debió pensar en su transformación gradual asentada en una diversificación industrial, basada en el destierro definitivo y total del monocultivo como sistema de explotación económica. En virtud de ello y la visión de muchos empresarios, penosamente al comienzo, con mayor firmeza después, comenzó a transitar el camino de su industrialización. Pero "vientos de frontera soplaron" y el andamiaje elaborado comenzó a desmoronarse en estos tiempos como un endeble castillo de naipes. Hasta no faltó quien negara la existencia de "economías regionales" con lo que se dio un golpe de gracia a los más nobles intentos y los más positivos propósitos.

Ahora, el quehacer económico mendocino discurre entre la duda, el desaliento y el desconcierto. Quienes producen se miran interrogativamente, como si en el rostro de sus semejantes hubieran de hallar las respuestas. Hay zozobra ¿Hasta cuándo? Es difícil precisarlo, pero sabemos que el desmayo será superado y las incertidumbres serán desechadas. Los mendocinos tienen el temple requerido para afrontar las grandes dificultades. La historia es testigo. Y lo que sucede ahora no constituirá un obstáculo insalvable. Mañana renacerán los bríos y el esfuerzo dominará todo el escenario provinciano; ese esfuerzo que alimenta la fe de la población, y ya lo sabemos: la fe, mueve montañas.